

## La circunstancia universitaria

Son las que siguen algunas reflexiones totalmente personales en torno a la circunstancia universitaria. Salvo una mínima ordenación, están ubicadas tal como se dieron y, no han perdido su carácter de obscuras y confusas experiencias ante problemas más bien sentidos que alcanzados reflexivamente. No quieren ser de ningún modo —mejor: quieren no ser, una esquematización o consideración sistemática de la situación universitaria y sus factores.

El fenómeno universitario es, ante todo, *un cierto número de personas que hacemos una misma cosa*. Quiero abarcar aquí lo meramente descriptivo. Porque en el plano de las significaciones, podríamos dudar de si se trata realmente de *una misma cosa*. Deberíamos entonces decir “que creemos hacer una misma cosa”. Pero con un alcance descriptivo, es evidente que hacemos más o menos las mismas cosas, y que éstas pueden al fin reducirse a una gran “misma cosa”. O sea: nos sentamos en aulas, escuchamos a las mismas personas —o mejor, las oímos— asistimos a idénticos trabajos prácticos, contraemos iguales obligaciones y respondemos democráticamente por ellas.

Hay, al menos, una primera y exterior *comunidad en el hacer*.

Claro, desde que descubrimos esta primera comunidad (“llamé-

mos la comunidad de conducta) podemos ya emplear el término genérico de "universitarios" aplicado a todos los que hacemos esas mismas cosas. Pero prefiero no usarlo, porque sospecho —gratuitamente tal vez— que no es posible, que es una violencia aplicar un mismo nombre genérico a personas sólo por este tipo de razón. Aunque normalmente basta que entremos en la Facultad y vayamos a alguna clase, o tengamos derecho al préstamo de libros, o acudamos de cierto modo a un bar cercano, para que se nos clasifique sin más.

Una primera investigación sería el ver si la comunidad se transfiere a otros planos —de sentido— a que es posible hacer referencia sucesivamente. Por ejemplo, si nos preguntamos *para qué* hacemos aquellas determinadas cosas, es claro que hemos pasado a un segundo plano de *motivaciones*. Entonces, nuestras acciones, ¿son comunes por causas comunes?

Aclaremos en lo posible de qué tipo de "causas comunes" puede tratarse. Un primer tipo sería aquel al que corresponde la causa más evidente: el título que obtenemos después de haber hecho esas mismas cosas durante un tiempo convenido de antemano.

Es normalmente admitido que la etapa universitaria forma parte de una etapa más amplia de la vida individual que comúnmente se llama "formación". Esta sería una causa de un género distinto. O sea: los que hacemos esas mismas cosas, queremos adquirir determinados conocimientos, capacitarnos de algún modo, alcanzar tras ese hacer *una cierta forma* a la que amoldaremos nuestra experiencia en adelante.

Ya es posible preguntarnos muchas cosas más: qué relación radical existe entre aquellas "mismas cosas" que hacemos y el propósito de formación; cuál la que existe entre el título y este mismo propósito; si el título indica algo más que una comunidad de conducta durante cinco años. (En fin, si tiene algún sentido la distinción misma entre un período de "formación" y otro de "forma adquirida").

Se ubican después las razones totalmente personales, con infinitas variantes, inclasificables. Las hay sin duda incalificables.

Pero he tocado algunas de gran alcance: la que se refiere a la "formación" por ejemplo, en tanto implica el ir tras una *forma* para nuestra vida. En este sentido, el hacer reviste un carácter que podríamos caracterizar como *potencialidad*. No es una actividad que tenga finalidad inmanente, ni siquiera inmediata; aspira a un futuro reali-

zarse. Pretende ordenar del mejor modo ciertas fuerzas para una utilización posterior lo más eficaz posible. Todos los que hacemos aquellas "mismas cosas" actuamos por tales o cuales motivos. Pero parece un rasgo común a éstos el que apuntan a un *para* más o menos lejano. Y esto es importante, porque puede llevarnos a pensar que nos estamos preparando para ser, pero que no somos, que nos reducimos a esquemas a llenar, a variables que sólo se concretarían ubicadas en la ecuación de una facultad, tras una operación que dura tantos años.

Finalmente, por sus características, no es un hacer entre otros haceres, sino que resulta un *modo general de nuestra vida* —transitorio en virtud de su potencialidad, es cierto —pero modo de vida, en definitiva. Quiero decir *circunstancia*.



Entonces, primariamente, los estudiantes somos *personas en una misma circunstancia*. Una misma, por factores que van más allá de una mera "comunidad de conducta".

Cuando seres humanos tienen cosas en común, ¿no pasa nada? Parecería que hay una gradación en el "tener cosas en común" y que más allá de cierto grado, *no pudiera menos que pasar algo*. Porque hay un hecho que es posible comprobar no bien se entra en el ambiente de la Facultad: *un estudiante de filosofía no tiene nada que decirle a otro estudiante*. Y este es un hecho enorme. Claro, aquí habría que aclarar el sentido en que entiendo *decir*. Porque evidentemente en los corretores se habla.

¿Nos hemos preguntado si alguna vez —entre las infinitas veces en que hemos hablado a alguien— *dijimos algo*. Podemos invertir la pregunta. ¿Hemos sentido alguna vez —entre las infinitas veces en que se nos ha hablado— que *se nos decía algo*?

Porque todo depende también de qué entendamos por *conversar*. Todo depende de que el "con" esté justificado. Y no está justificado, está de más, en una charla acerca del próximo parcial de latín. Sobre esto podemos charlar, pero no conversar. No podemos. Es decir, si acerca de un parcial de latín llegamos a *con-versar* ya hemos dejado atrás, muy atrás el mero parcial de latín.

¿Y qué hacer con el hecho que dos estudiantes no encuentran

nada que decirse? ¿Es necesario concluir que *no hay* nada que decirse? En todo caso, si llegamos a descubrir que no tenemos nada que decirnos dos personas que vivimos una misma circunstancia vital, sería importante invitarnos a analizar la seguridad de nuestro propio sentido.

De todos modos, los problemas no existen "sub specie aeternitatis". Si no hubiera nadie que hablara sobre cierto problema —mejor dicho: si no hubiera nadie *que lo sintiera como tal*, podríamos decir que no hay tal problema. ¿No tienen nada que decirse dos estudiantes? ¿No hay problemas universitarios? Un compañero mío cree que sí. Varios. Yo creo que sí. Bueno. Ya tienen vigencia vital los problemas universitarios.

La distinción entre hablar y conversar y decir, tal vez pudiera servirnos. Aplicada por ejemplo a ciertas categorías que bosquejan la circunstancia universitaria *de hecho*.

¿Qué significa, ante todo, esa clasificación básica de los seres del mundo universitario en dos grandes especies: los que hablan o tienen que hablar y los que oyen o tienen que oír y después repetir lo que oyeron. ¿No se nos ocurrió nunca poner en cuestión esa división entre transmisores y receptores? ¿No se nos ocurrió que el que habla, en realidad tendría que decir, tendría que *conversar*? ¿Que tal vez tendría que escuchar, escuchar para poder conversar? Porque sin duda es posible hablar sin escuchar, pero no conversar. ¿No hemos pensado que tal vez no sea cierto que debemos sentarnos solamente a oír? ¿Que tal vez debiéramos hablar?

Voy un poco más allá. Se podría analizar por qué el que solamente habla y tendría que conversar, adopta esta actitud. Si los factores son puramente personales o existen determinadas circunstancias de otra índole, que pesan sobre la relación recíproca hablante-oyente en una clase universitaria. Es decir, si no son imprescindibles ciertos *estados ambientales*, una cierta *estática* de la atmósfera espiritual en la que se hallan dos seres capaces de comunicación, para ésta sea posible. Y si, faltando estos estados ambientales, las actitudes que quedan son algo más que una grotesca y amarga pantomima de impotentes.

Además, hay que estudiar en sus detalles la forma de comunicación que es la ecuación maestro-discípulo. Cuáles son las condiciones indispensables para que podamos ser, relativamente a otro, alumnos, o lo que es lo mismo, cuáles las que posibilitan que otro pueda ser, rela-

tivamente a nosotros, maestro. En su sentido más radical, se trata de un delicadísimo equilibrio entre ambos miembros, que depende no sólo de la postura vital recíproca, sino también de la apercepción de esa postura por parte de los miembros. En el estado ideal de la relación, habría un proceso de necesidad, entrega y satisfacción de la necesidad, condicionado cada uno de los pasos por los otros dos en un complejo íntimo. Este proceso obedecería a las leyes de las necesidades espirituales y de la comunicación en general. Pero su especificidad consistiría en que, a diferencia de otros modos de comunicación que suponen una igualdad potencial de los miembros, a la ecuación maestro-discípulo sería inherente una esencial desigualdad, a un tiempo fundamental correlación y complementación.

Piénsese a qué queda reducida la ecuación cuando van desapareciendo los factores constitutivos. Cuando, por una parte no existe una necesidad, o al menos, no se tiene conciencia de ello; la fuerza que equilibraría el sistema o es ya un *saciar* algo. La *fuerza satisfaciente* o se derrama en el vacío de la ausencia de entrega, o se vuelve otra cosa. O cuando, por otra parte, existiendo la necesidad y por lo tanto la entrega, falta la fuerza satisfaciente. Ante la conciencia de esta falta, desaparece la entrega.

Analícense los factores concretos de la Facultad. Ténganse en cuenta la indiferencia del estudiante, la opresión del ambiente, la incapacidad de los profesores. Se descubrirá que "aquellas mismas cosas" que hacemos, *carecen rigurosamente de sentido*.



Retomo la idea de lo universitario como circunstancia vital. ¿Qué lugar ocupará esta perspectiva dentro del conjunto de las que han de constituir nuestra vida? ¿Qué quedará de ella (Hesse ha subrayado una y otra vez en sus obras el problema de las "perspectivas vitales" y los caracteres de los momentos críticos que ubicarían las transiciones de una a otra. ¿Es inevitable aplicar un historicismo radical al interior de la vida misma? El problema clave es entonces el de la posibilidad o imposibilidad de una integración con sentido).

Una tarea sería el plantear estos interrogantes ante cada caso personal de los ex-universitarios que han colaborado (y de los que no han colaborado) en el presente número de CENTRO.

Hablar con muchos de ellos con motivo de la preparación del

número fué una experiencia muy valiosa. Para unos, la etapa universitaria es un recuerdo lejano; a lo sumo, puede motivar alguna evocación agradable. Para otros, equivale a "cenizas que no hay que remover". Hay quienes ante la mención de "problemas universitarios" no pueden siquiera situarse. Otros, en fin, confiesan "no tener nada que decir". Los años universitarios constituyen una circunstancia totalmente inoperante. Vale la pena, creo, preguntarse por qué.

¿No hay entonces, en la circunstancia universitaria, nada trascendente? ¿A lo cual sea urgente entregarse? Algo que sintamos la necesidad de integrar en nuestra vida y conservar?

El profesional —quiere decir el hombre maduro en general— solo mantiene abierta su actitud espiritual en un sentido, hacia un lado. Es por ello que no le alcanzan las experiencias en su plenitud, sino ya en un escorzo determinado. Ha adquirido una forma, y fatalmente recibe al mundo a través de ella. Pero en el período de "formación", el hombre está abierto a las posibilidades de *muchos modos*, es sensible en *muchos sentidos*. Es capaz de aceptar una gama amplia de estímulos. A lo mejor se trata de una diferencia constitutiva (1).

Claro que esto es desmesurado como todo esquema. Pero tiene algo de realidad. La circunstancia universitaria acontece en una perspectiva vital en la que se da esa *elasticidad receptiva*. Y sin embargo, en general, el estudiante la enfrenta buscando desesperadamente protección tras una forma. No quiere aceptar que vive una etapa potencial. Adopta así la actitud que en el "esquema desmesurado" he dicho del hombre adulto: selecciona y perspectiviza la circunstancia. Lo cual no es más que una forma de cobardía. Que, claro está, se incorpora a razones tan sensatas como las de que "no vengo nada más que a estudiar" o "no quiero mezclarme en asuntos estudiantiles" o "el estudiante no tiene que hacer política".

Como si uno estuviera hecho de compartimentos estancos. Como si cuando uno estudia fuera posible encerrar, acallar, amordazar las otras inseparables necesidades espirituales: la comunicación, la verdad, la dignidad en fin. Porque tras esas razones sensatas viene en seguida el estado actual de nuestra Universidad: amordazados espirituales que oyen a castrados espirituales.

---

(1) Tal vez haya que cuestionar la distinción desde abajo. Tal vez el paso a ese "modo del hombre maduro" sea la muerte de toda riqueza espiritual. Tal vez la diferencia no sea constitutiva. Tal vez pueda, deba lucharse para eliminarla).

Hay una potencialidad primaria en nuestra vida. El experimentarla como posible o no, puede dar lugar, da lugar a dos modos fundamentales de postura —de concepción del mundo, si se quiere. La actualizamos en el momento en que nos damos cuenta que *es posible hacer algo con los demás* (2). Tal vez la circunstancia universitaria, ubicada en la perspectiva de la elasticidad receptora, sea la única capaz de posibilitar su desarrollo plenario, con consecuencias insospechadas. Demostrar esto conceptualmente —yo sólo alcanzo a asumirlo como experiencia— equivaldría a dar con una radical razón de ser de todos nuestros actuales afanes.

---

(2) Fatalmente, debo seguir distinguiendo. Sin duda todo el mundo hace algo con todo el mundo. Pero el alcance del hacer al que aludo nos tocaría en un plano esencial.